



Texto Alex Garate

Tupungato. Me gusta. Es un nombre con buena sonoridad, densa, contundente. Siento que hasta lo puedo masticar. Tupungato es una montaña, un volcán. También es un río que corre caudaloso desde su base hacia el norte hasta encontrarse con el río Mendoza en Punta de Vacas. Es una cumbre y también un pueblo al sur de la provincia de Mendoza. Después de haber acariciado sus barbas nevadas, su entorno humeante, de regreso en mi casa escribo ahora este relato de nuestra expedición como pretexto para hablar de varias cuestiones que ocupan mi atención, en particular, de nuestro encuentro con el río Azufre.

Alcanzar la orilla opuesta de un río sin la ayuda de un sólido puente resulta, a veces, una tarea difícil, en ocasiones peligrosa o incluso imposible. Eventualmente, un par de

**P**OR escasos metros el volcán Tupungato forma parte de la selecta lista de macizos que en América superan los 6500 m de altitud. Es el hermano menor de una familia que incluye trece cumbres principales. Diez de ellas participan del territorio argentino, la mitad de las cuales se sitúan sobre la frontera con Chile (es el caso del Tupungato) y la otra mitad están íntegramente en Argentina. Es el único de los trece que se encuentra al sur del Aconcagua y, por tanto, el 6500 m más austral. La cartografía oficial, tanto argentina como chilena, todavía le atribuye erróneamente una altitud superior a los 6800 m, bastante por encima de la real, que ronda los 6570 m.

### Alcanzar la orilla opuesta de un río resulta, a veces, una tarea difícil, en ocasiones peligrosa o incluso imposible

bastones nos ayudará a mantener el equilibrio cuando no podamos ver dónde ponemos los pies o cuando la correntada nos empuje con fuerza. Ser arrastrado por un río torrencioso podría resultar fatal y perder la verticalidad puede ocurrir en solo un instante.

Recuerdo vivamente una ocasión, años atrás, en que me vi obligado a optar entre

arriesgar el cruce incierto de un río de deshielo, proveniente del Campo de Hielo Sur en los Andes australes, o soportar una noche fría a la intemperie con escaso abrigo. El resultado fue entonces exitoso, sin más estragos que los agudos dolores provocados por el frío, que se me metió profundamente entre los huesos. Aquella experiencia dejó huellas todavía nítidas en mi memoria, por cuanto sigo meditando sobre la conveniencia y las razones de la decisión que tomé aquella vez. Sin embargo, no preveía que las circunstancias de la vida me conducirían nuevamente ante una encrucijada similar, en este caso frente al río Azufre, con alternativas probablemente de mayor peso dramático. Pero todo esto ocurrirá al final de la expedición así que ahora comenzaré por el principio.

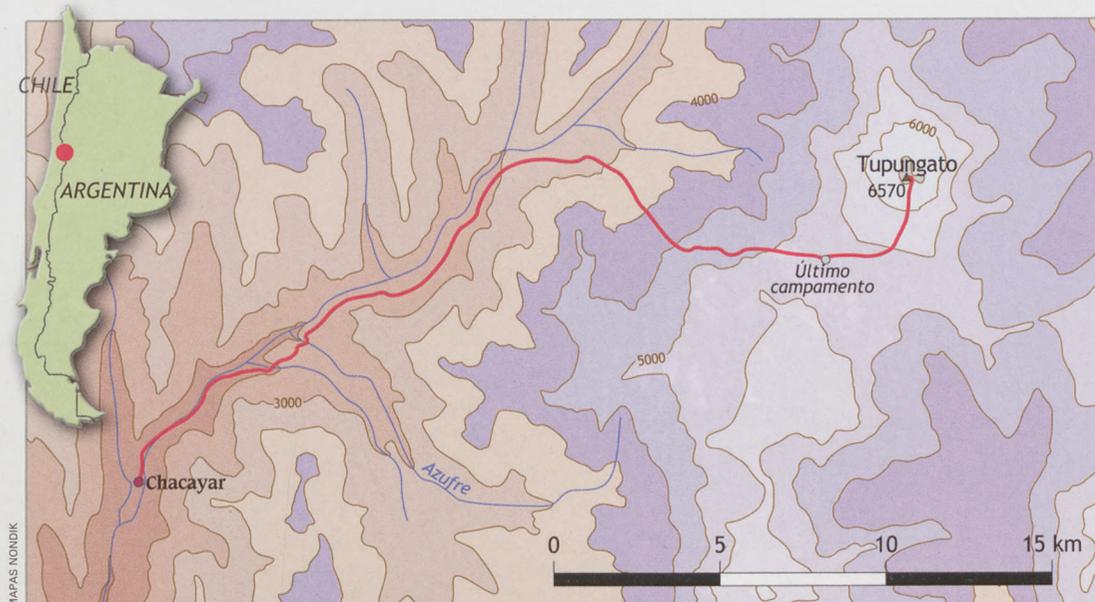
■ En el paisaje de piedra y hielo destaca, al norte, la gran pared sur del Aconcagua

FOTO HERMAN BINDER

# EL TUPUNGATO NO ES UNA CUMBRE

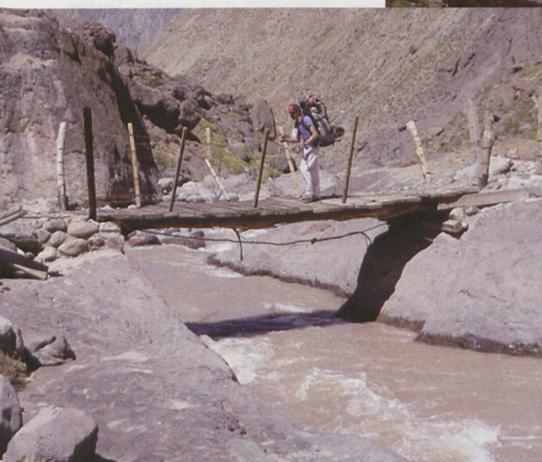


**Alex Garate** (Elgoibar, 1968). Euskal Herriko, Pirineotako eta Picos de Europako mendietan asko ibili ondoren, Argentinako Córdobaan bizi izan da 1991tik honako urte gehienak. Andeetako goimendi ugari igo ditu: Aconcagua (hiru aldiz), Ojos del Salado (lau aldiz), Pissis (bi aldiz), Bonete, Tres Cruces, Lulluillaco, Walter Penck, Incahuasi, Cerro ATA, Nacimiento, Ramada, Alma Negra, Cerro Plata, Vallecitos, Rincón, Huayna Potosí, Condoriri eta beste batzuk. Pissiseko hegotik iparrerako lehen travesía eta Ojos del Salado - Nacimiento lehen travesía egin ditu. 'Mendiak eta Herriak' en gidari lanak egin ditu Argentinako Andeetan.

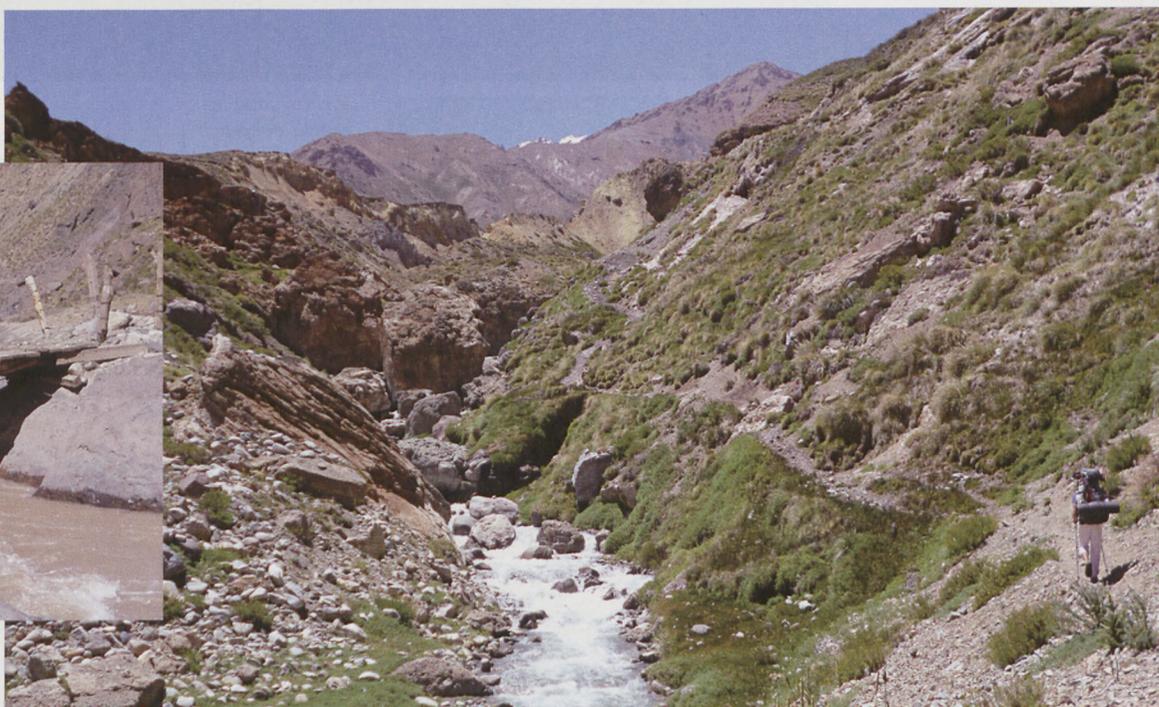


MAPAS NONDIK

FOTOS ALEX GARATE



■ *Puente sobre el río Colorado*



■ *En la aproximación remontamos el río Colorado y cruzamos sus afluentes*

## ORGANIZANDO LA LOGÍSTICA

Como en cualquier otra montaña andina de esta envergadura fuera del circuito comercial, en el que cabría incluir casi únicamente al Aconcagua, resolver las cuestiones logísticas de accesos, permisos y aproximación representa la primera gran dificultad, con seguridad la más tediosa. Hace años que las posibles vías de aproximación por la vertiente argentina, en la provincia de Mendoza, están virtualmente cerradas. Los accesos por la quebrada del río Las Tunas (al E) y por el Portezuelo Argentino (al SE) tienen paso obligado por destacamentos militares que deniegan el ingreso salvo que se pueda mostrar una autorización explícita de las autoridades provinciales, las cuales no firman autorizaciones de este tipo hasta tanto no se reglamente y organice lo que está previsto sea el Parque Provincial Tupungato, similar al del Aconcagua. Las opciones son entonces escabullirse del control militar o bien in-

tentar la aproximación desde Punta de Vacas, remontando unos 50 km de N a S el río Tupungato y debiendo cruzar varias veces sus caudalosos afluentes, convirtiéndose así en la aproximación más larga y de mayores riesgos y dificultades.

Ninguna de estas opciones nos resultó convincente a Herman y a mí así que optamos por acceder a la montaña por su vertiente chilena, repitiendo el camino relatado por José Martínez en Pyrenaica nº168 (año 1992). Así, un día de finales de enero, en pleno verano austral, nos encontramos en San José de Maipo, localidad turística a 48 km al SE de la capital chilena, donde completamos la última gestión de permisos y compramos todos los alimentos. Recorrimos algo más de 50 km de carretera hasta el Chacayar a 2200 m de altitud, donde nos pusimos definitivamente la mochila a la espalda y empezamos a caminar.

## SOLITARIA Y LARGA APROXIMACIÓN

Habían pasado once años desde que, también con Herman, intentamos un ascenso a esta misma montaña. Aquella fue la primera de una larga serie de expediciones que hicimos juntos. Ahora afrontamos el mismo desafío recorriendo la misma ruta de aproximación pero buscando la cumbre por una vía diferente, la cara sur, más cubierta de nieve y un poco más directa y atractiva que

*Afrontamos el mismo desafío pero buscando la cumbre por una vía diferente más directa y atractiva*



FOTO ALEX GARATE

■ *Inconfundible silueta del difícil cerro Chimbote, 5493 m, ascendido por primera vez en abril de 2011*

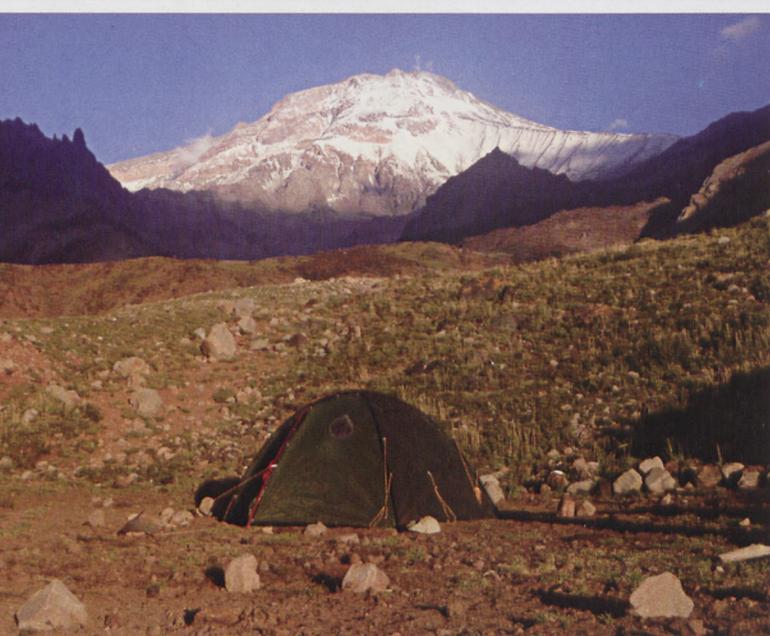


FOTO HERMAN BINDER

■ *Tras la primera jornada de camino, aparece al fondo la gran mole del Tupungato*

la vía normal, que transcurre por el filo norte. Tras once años de acumular experiencias en estas grandes montañas andinas, encaramos este empeño con mayor serenidad y confianza, con el mismo entusiasmo que la primera vez y con la misma, o quizá aún menor, solvencia económica.

Conociendo de antemano el terreno y gracias a que comenzamos la aproximación con nuestros organismos ya aclimatados a la altura, pudimos diseñar un plan de ascenso más eficaz y rápido. Aun así, fieles a nuestro estilo sencillo y austero, sería casi una semana de actividad aislados y con total autonomía. Esto es precisamente lo que más aprecio de nuestras expediciones. Las jornadas de marcha son largas. El entorno, grandioso e imponente, se va transformando muy lentamente. Invita al silencio, la calma y la introspección. A medida que avanzamos vamos reconociendo los lugares y recordando experiencias y anécdotas de la ante-

rior expedición. Transcurren las horas, los días y las noches y nuestra existencia se aleja cada vez más del confort que ofrecen nuestras sociedades modernas y tecnológicas. Las sensaciones cotidianas se van desprendiendo de los permanentes estímulos de la rutina urbana y civilizada, de las obligaciones, las responsabilidades y urgencias que tan ocupados mantienen nuestros espíritus.

No todo es liviano y bucólico. El esfuerzo es grande. La mochila lastra pesadamente nuestros movimientos, establece un sólido límite a la libertad y va lastimando paulatinamente el cuerpo. El intenso frío de las noches, la escasez de espacio y de comodidades de la

**No todo es liviano y bucólico. El esfuerzo es grande**

tienda reducen considerablemente las posibilidades para el descanso y el placer. Todas las circunstancias vitales son más primarias. Inevitablemente se activan ciertos cuestionamientos internos y me pregunto qué es lo que me impulsa a venir aquí y proponerme semejantes objetivos. Los días y las noches ofrecen tiempo abundante para sumergirme en la reflexión. Las conversaciones con Herman van iluminando algunas respuestas.

La existencia tan precaria en la montaña se reduce a satisfacer las necesidades más primarias: el alimento, el agua, la conservación de la temperatura corporal. Entregados a este quehacer esencial, la conciencia de uno mismo, la interacción con un universo primitivo, mineral, y la convivencia en estrecha dependencia con el compañero, el amigo, adquieren una dimensión de plena vitalidad. Esta existencia precaria, en algún sentido que no logro descifrar, me provee sensaciones que nutren el alma de algo que siempre añoro, desde mi primera juventud. Siento que fortalecen los cimientos sobre los que poder estar después erguido ante la sociedad, mi comunidad, y poder interactuar con ella.

¿Y cuál es la necesidad de marcarse una meta? ¿Para qué la cumbre? La idea de la cumbre, esta vez el Tupungato, viene acompañada de esa lista de singularidades que nombro más arriba. La que más esto o la que más aquello. Completar la lista de las más grandes. "Qué notable". Aun aquí, tan lejos de la sociedad, asoma desde lo más recóndito este juego de vanidades que nos moviliza. Una vanidad que no requiere siquiera de la mirada ajena. La vanidad primera de gustarse a uno mismo, de buscar la propia satisfacción. Tanto esfuerzo, tantos momentos ingratos para alimentar este ego insaciable.

Llevábamos cuatro días de duro esfuerzo, cuatro días de enorme disfrute y habíamos alcanzado el lugar para el último campamento de altura. A los 5230 m, en el estrecho hábitat de la tienda, en la completa soledad



■ En el paisaje de piedra y hielo destaca, al norte, la gran pared sur del Aconcagua

FOTOS ALEX GARATE



■ Atardecer en un campamento de altura

del collado entre el Tupugato y el Tupungatito, protegida nuestra intimidad por un viento constante que sacude la tienda y envuelve nuestra conversación con un manto ruidoso, Herman y yo cuestionamos nuestras propias motivaciones, nos indagamos, meditamos, nos confesamos y consolidamos un amistad de larga data, forjada año a año, expedición tras expedición.

#### INTENTO DE CUMBRE

El 2 de febrero de 2013 era el día señalado para llegar a la cumbre. El último pronóstico meteorológico que pudimos consultar, cinco días atrás, anunciaba unos temibles 70 km/h de viento en las inmediaciones de la cumbre. Nosotros quisimos confiar en las imprecisiones de estos pronósticos y apostamos a que el Tupungato nos trataría un poco mejor.

### Un viento constante sacude la tienda y envuelve nuestra conversación con un manto ruidoso

Teníamos un fuerte desnivel por delante, más de 1300 m, así que arrancamos muy temprano. El hecho de no llevar peso en la mochila y las ansias de llegar a la cumbre encendieron nuestro ímpetu y caminamos a fuerte ritmo. El viento fue ganando intensidad con las horas y con la altura y las paradas para tomar aliento se volvieron cada vez

más breves. No había dónde resguardarse del viento y estar quieto unos segundos no suponía un descanso significativo, así que caminamos y caminamos durante horas casi sin parar, casi sin hablar. La pendiente en esta vertiente sur se va acentuando lenta y constantemente en un terreno por momentos inestable hasta alcanzar los 45° entre los 6200 m y los 6400 m, hacia la mitad de la pala de nieve y hielo.

El itinerario es sencillo, evidente y sin obstáculos. A esos 6400 m la pala comienza a ceder pendiente, el gigantesco tobogán invierte su curva y conduce directamente a la cumbre principal. Nuestra meta parecía estar al alcance de la mano pero el viento se ocupó de frustrar nuestros deseos. En ese punto de inflexión, las ráfagas más fuertes, inesperadas, nos hacían perder el equilibrio una y otra vez. Herman cayó dos veces y el piolet hizo valer su honorable función de sal-

vavidas. Pasamos algunos momentos de indecisión. Seguimos un poco más. Estábamos tan cerca. Y en un momento dado, decidimos renunciar. De un instante a otro desaparece de mi cabeza la cumbre como objetivo. Lo que hasta hacía un instante era motivo del máximo esfuerzo y sacrificio ya no representa ningún interés. Nuestra atención se centra ahora íntegramente en regresar, descender con seguridad, llegar a la tienda y descansar.

Era nuestra única opción. Las provisiones no alcanzaban ni para un día más. Había que reunir todas las cosas y seguir descendiendo lo más posible ese mismo día. Mantuvimos el esfuerzo hasta la caída de la noche. Aun en ese estado de fatiga sentía una agradable sensación de satisfacción y alegría que superaba la sensación de fracaso.

Aun en ese estado de fatiga sentía una agradable sensación de satisfacción y alegría que superaba la sensación de fracaso.

## SORTEANDO EL RÍO AZUFRE

Al día siguiente, cumplido con el esfuerzo decisivo, nos quedaba seguir río abajo el curso del Colorado. Calculábamos que serían cinco o seis horas tranquilas de disfrutar el paisaje, el agua y la temperatura agradable hasta el rancho del Lelo, que seguro tendría pan y algún queso recién hecho de sus cabras. Así fue por un largo rato. Caminamos en silencio haciendo fotos y masculando cada uno sobre sí en una futura ocasión volveríamos a alimentar los deseos de recorrer esta montaña y buscar su cumbre esquivada. Observando cuidadosamente cada alegría y cada gozo vividos, cada malestar, incomodidad y esfuerzo excesivo. Colocando cada cosa en su lugar en la balanza de nuestras decisiones futuras.

La llegada al río Azufre, afluente del Colorado, interrumpió bruscamente el disfrute despreocupado de la meditación y los sentidos. Descargamos nuestras mochilas en su orilla a la misma hora que cinco días atrás y sin embargo el nivel del agua estaba muy por encima del de entonces. Con mucho pesar y después de analizar nuestra situación desde todos los ángulos concluimos que era excesivamente peligroso o imposible cruzar por nuestros propios medios. No quedaba otro remedio que esperar, aguantarse el hambre acumulada, dejar que pasara la noche y confiar en que el frío de la noche interrumpiera el proceso de deshielo en las laderas altas y esto redujera el caudal del Azufre.

■ *El disfrute de lo grandioso y solitario del paisaje convive con la pesadez del esfuerzo*



FOTO HERMAN BINDER

■ *Del puente sobre el Azufre no queda casi nada*

La situación reactivó mis reflexiones acerca de la conveniencia y las razones de aquella otra decisión de años atrás, frente a otro río. Solo después de asumir completamente las consecuencias de esta demora es que pudimos disfrutar de la espera, el descanso, la contemplación del río, la quebrada, la visita del colibrí, la noche calma bajo las estrellas.

Los oídos ya se habían acostumbrado al estruendo de la correntada y el chocar de las piedras bajo el agua opaca. Fue el arrullo de nuestro sueño. Sin embargo al despertar a la mañana siguiente, ese mismo estruendo de las aguas, con el mismo volumen que en la víspera, desbarató en un instante nuestros planes de cruzar sin arriesgar la integridad de nuestros huesos. La preocupación volvió ahora multiplicada por una incertidumbre total. El Azufre apenas redujo un poco su caudal y a partir de la salida del sol no hacía más que aumentar de nuevo. Mucho después supimos que por esos días los registros meteorológicos de la zona dieron valores record de calor e insolación.

Esa mañana, ante la evidencia de lo delicado de nuestra situación, nos abocamos a visualizar todas las alternativas posibles. Quizá más tarde o en los próximos días subirían los arrieros con las mulas. Quizá aparezca alguna expedición en la otra orilla o, bueno, algún día bajará el caudal del río. Entre todas estas elucubraciones, compartidas con entereza y hasta con simpatía, Herman no ocultó su acelerado proceso de debilitamiento por la falta



FOTO ALEX GARATE





FOTO ALEX GARATE

## Poco después estaba en la otra orilla completamente desnudo, sin nada más que las botas

■ Satisfacción una vez alcanzada la orilla opuesta del Azufre

de alimento. Eso me convenció de la necesidad de no esperar un día más. Yo debía tomar la iniciativa y cruzar.

En cuanto llegó el sol al fondo de la quebrada donde nos encontrábamos le conté a Herman mis planes. Con estos alambres, restos del puente ahora inexistente, este palo, así y así, iré atado y cruzaré sin problemas. Era una idea que nos anduvo rondando varias veces y que otras tantas habíamos descartado. Esta vez había ajustado mejor algunos detalles y me había convencido de su seguridad. No hicieron falta muchas pala-

bras. Establecimos un silencio solemne. No hubo duda de que no debía llevar nada conmigo, ni mochila ni siquiera ropa. Solo las botas. En el instante de poner el primer pie en el agua me inquietó más la expresión tensa de Herman que el aspecto del propio río. Pero había mirado mucho esas aguas, el enredo de alambres y cada lugar donde pondría un pie. Estaba seguro de que no habría problemas. En el punto central, con el agua empujándome por encima de la cintura, me mantuve en pie abrazado con fuerza al invento que habíamos improvisado, escasamente estético, y que evitaba mi caída solo gracias a que me sostenía desde la dirección exactamente opuesta a la corriente. Para esto aprovechamos oportunamente una curva adecuada en el curso del río.

Poco después estaba en la otra orilla, empapado de esas aguas rojas, completamente desnudo, sin nada más que las botas. Todavía con el agua hasta las rodillas, las piedras

y la corriente que entorpecían mi equilibrio, me desprendí de los cordines que me unían a la maraña de alambres. Lo había conseguido. Estaba a salvo y miré con satisfacción a Herman que seguía atrapado en el otro lado. Del pesimismo de hacía unos minutos, ahora, de repente, nuestra situación y posibilidades habían cambiado completamente.

El siguiente paso era incuestionable. Teníamos que pasar mis cosas, ropa, mochila. Con el mismo cordín, cuidadosos movimientos y kilos de paciencia fuimos cruzando, una a una, todas mis cosas. Aún no había intercambiado palabra con Herman. Faltaba decidir si él también intentaría cruzar o si se quedaría esperando mi posible regreso, quién sabe en cuánto tiempo, con mejor ayuda. Envueltos en el ruidoso rugido del río, nuestro elocuente silencio dio por buena la primera opción. El cordín empezó a traer la ropa, mochila y los objetos de Herman, todo. Ahora quedaba él, sin nada, desnudo, con las botas y nada más, mientras su gesto se hacía cada vez más nervioso.

Siguió uno a uno mis pasos anteriores. Batalló contra la corriente con todas sus mermadas fuerzas, agarrado del mismo palo, comprometiendo en esos pocos pasos inestables y torpes toda su energía y concentración, sin más testigos que mi mirada alerta pero impotente. Igual que allá arriba, superado por la fuerza del viento, también la corriente lo hizo caer una vez. Se levantó, volvió a mirar esas aguas turbulentas, recuperó su entereza y siguió avanzando hacia donde yo le esperaba. Estábamos de nuevo juntos. Con unos torpes manotazos de mi vieja y desafilada navaja corté cada cordín que todavía lo unía al palo, los alambres y a la otra orilla. Nuestro encuentro con el Azufre nos dejó varias marcas, entre ellas algunos rasguños sin importancia que no impidieron que poco después estuviéramos tan felices como débiles. Festejamos nuestra nueva situación, recogimos el desordenado desparramo de equipo para cargarlo de nuevo a la espalda y comenzamos con la tarea que todavía nos faltaba. De nuevo caminando, monte abajo. En nuestra experiencia compartida, en la memoria de esta expedición, el Tupungato no será una cumbre sino un río. □



FOTO HERMAN BINDER

■ Montando el último campamento antes de intentar la cumbre. La pala de la cara sur del Tupungato, a la derecha, se observa suave y sin obstáculos

### FICHA TÉCNICA

**Tupungato** 6570 m, estratovolcán  
**Coordenadas de la cumbre principal:**  
 S33°21'31" O69°46'14"  
**Situación:** Andes Centrales de Chile y Argentina  
**Primer ascenso:** Stuart Vines (Inglaterra) y Mathias Zürbriggen (Suiza), 12 de abril de 1897  
**Participantes:** Alex Garate y Herman Binder entre enero y febrero de 2013